

JOSÉ LUIS SAZ CASADO

# JAQUE MATE LIBERAL

LA TRAICIÓN AL  
LIBERALISMO  
CLÁSICO





José Luis Saz Casado

# Jaque mate liberal

La traición al liberalismo clásico

*Prólogo de John Müller*



© El autor y Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2021

© del prólogo: John Müller

Este libro ha sido publicado con la colaboración de la Fundación Basilio Paraíso



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 82

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-058-1

Depósito Legal: M-4524-2021

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Prólogo.....	11
Introducción.....	19
I. Bosquejo del liberalismo político.....	23
II. La moral como fundamento de la obligación política en materia social.....	37
John Locke.....	38
El derecho individual a una propiedad de subsistencia.....	40
El Estado debe respetar y garantizar la ley natural.....	53
Los padres liberales prerrevolucionarios.....	58
Montesquieu: la asistencia social y la igualdad protegen la libertad.....	59
Voltaire: la virtud privada impulsa la fraternidad política.....	78
Thomas Reid: el Estado es un agente moral y tiene un deber benefactor.....	93
Kant: el Estado obligado indirecto a proteger la dignidad humana.....	105
Independentismo EE. UU.....	127
Thomas Paine: el poder es responsable de la pobreza.....	128
Thomas Jefferson: un exiguo principio de subsidiariedad estatal.....	137

III. La fundamentación utilitarista de la intervención social del Estado .....	145
David Hume: el humanitarismo es un deber político por su utilidad .....	147
Adam Smith: la beneficencia política como sostén del orden social .....	158
Tocqueville: la igualdad de condiciones es un requisito democrático .....	175
John Stuart Mill: la conveniencia social como filtro de justicia .....	188
IV. La interdicción de la acción social del Estado .....	205
Jacques Turgot: pobreza y pobre, dos asuntos diferentes .....	207
Benjamin Constant: contrario a cualquier intervencionismo social .....	219
Wilhelm Humboldt: la ayuda social quebranta la dignidad humana.....	227
Frédéric Bastiat: la solidaridad política es un robo de esfuerzos.....	237
Herbert Spencer: la selección natural aconseja no ayudar a los ineficientes .....	246
V. La dislocación liberal .....	261
La reconfiguración del paradigma liberal .....	271
Conclusión.....	297
Cronograma del liberalismo clásico.....	307
Bibliografía.....	309
Bibliografía básica de los padres liberales clásicos.....	309
Bibliografía básica del capítulo V .....	317

*A quienes respetando la libertad ajena  
construyen una vida propicia con su  
libertad.*



«No hay modo más eficaz de traicionar una causa que colocar el énfasis del argumento en un lugar equivocado y, al mantener una posición insostenible, garantizar el éxito y la victoria del adversario».

David Hume, *Ensayos Políticos* (1741)



## PRÓLOGO POR UN LIBERALISMO DESNUDO (INTEGRAL)

«El liberalismo hizo el mundo moderno, pero el mundo moderno se está volviendo contra él». Con esta frase, la revista *The Economist* arrancaba su «manifiesto para renovar el liberalismo» que ocupaba la portada del ejemplar del 15 de septiembre de 2018 con ocasión de su 175º aniversario. Considerada durante décadas como uno de los productos periodísticos más atractivos del planeta, *The Economist* ha sido también un estandarte del liberalismo económico y aunque ha ido basculando suavemente a uno y otro lado con el paso del tiempo, la impronta liberal que le impusieron figuras tan polémicas e intelectualmente potentes como Herbert Spencer, quien fuera su subdirector entre 1848 y 1853, no ha desaparecido.

El editorial continuaba diciendo que «Europa y Estados Unidos se encuentran inmersos en una rebelión popular contra las élites liberales, a quienes se considera egoístas e incapaces o indispuestas a resolver los problemas de la gente común». A *The Economist* no le falta razón. Como corriente política, el liberalismo hoy despierta entusiasmo entre los jóvenes en su etapa de formación, pero después no acaba de cuajar electoralmente. De hecho, la mayoría de los grandes partidos liberales —existía uno en cada país importante de Occidente a finales del siglo XIX— ha acabado subsumida en otras corrientes políticas que han sido capaces de interpretar más fielmente los deseos de la opinión pública.

Como línea de pensamiento económico, la conversación liberal ha sido monopolizada por diversas corrientes, algunas de las cuales, como el monetarismo, se han situado en el corazón del conocimiento económico, pero también hay otras, como la escuela austríaca, que el mundo académico tiende a poner bajo sospecha y a marginalizarla en sus discusiones. Por último, desde el ángulo filosófico, que es de lo que trata principalmente este libro, el liberalismo goza, como se suele decir popularmente, de «una mala salud de hierro».

Y que este libro se dedique a una exploración filosófica sobre el liberalismo, con evidentes consecuencias políticas y económicas que no se explicitan para dejarle margen al lector, me brinda la oportunidad de hacer un contrapunto personal del que pido que se exonere al autor. Hoy, en muchos ámbitos, cuando se habla de liberalismo parece que estuviéramos hablando casi exclusivamente de cuestiones económicas. Esto sucede por muchas razones. Una, de no poco peso, es que muchos de los pensadores liberales importantes de España son economistas. Qué duda cabe de que las ideas liberales modernas, las que empezaron a fluir hacia España a contar del Plan de Estabilización de 1959, tenían básicamente que ver con la economía. Sin embargo, esto ha generado un déficit de planteamientos liberales en otras áreas, como las relaciones personales, las cuestiones territoriales y administrativas, la ecología o el derecho a la vida.

Tenemos así un mundo socialmente conservador que se reclama liberal únicamente en lo económico y un mundo que se dice liberal en lo social, pero que es profundamente intervencionista y conservador en lo económico. Es lo que, con una imagen muy de andar por casa, suelo denominar «liberales de cintura para arriba» y «liberales de cintura para abajo». De hecho, es muy difícil encontrar un liberal coherentemente desnudo.

Otra razón que ha llevado a este «reduccionismo economicista» —expresión que se utiliza en el libro— es que muchos economistas han convertido en un hito importante de su ciencia los trabajos de Adam Smith, en concreto su obra *La riqueza de*

*las naciones* (1776), ignorando todas las aportaciones anteriores, particularmente las de la Escolástica y en concreto las de la llamada Escuela Española de Economía del siglo XVI. Esto ha convertido los libros de Adam Smith en lugar de peregrinación de economistas que han realizado las interpretaciones más diversas de su obra.

Sin duda, como reconoce el autor, el liberalismo actual ha pagado un elevado precio por esa excesiva identificación con la Economía. Pero, además, fruto de la supuesta victoria sobre el totalitarismo comunista que significó la caída del Muro de Berlín, se instaló una complacencia que ha traído flojera de ideas y mucho conservadurismo. Eso ha impedido, por ejemplo, percatarse de que cada día que China se consolida como una próspera potencia económica el liberalismo sufre la caída de su propio Muro porque va ganando terreno la idea de que es posible la prosperidad económica renunciando a las libertades civiles.

Que muy poca gente se muestre beligerante ante esta situación porque China es el gran abastecedor mundial de tecnología y de productos de consumo masivo, es una tragedia moral. Los que crecimos en la dictadura del general Augusto Pinochet en Chile ya vivimos algo parecido y no podemos recordar más que con frustración y vergüenza que dos figuras indiscutidas del liberalismo como Friedrich von Hayek y Milton Friedman prefirieron no pronunciarse sobre un régimen que vulneraba las libertades y derechos individuales a cambio de que se permitiera a sus discípulos reformar la economía con las ideas del libre mercado, ideas que, por cierto, eran totalmente ajenas a unos militares que eran fundamentalmente nacionalistas e intervencionistas.

Hayek y Friedman visitaron Chile con el ánimo encogido — no se sabe qué les habían contado sus anfitriones—, pero ambos, particularmente Friedman, profetizaron que las libertades económicas terminarían, tarde o temprano, abriendo paso a las libertades políticas. Pero el economista de Chicago solo lo dijo cuando se estaba subiendo al avión para marcharse de Chile y la censura no permitió que la opinión pública conociera sus palabras. También es verdad que, afortunadamente para los demócratas chilenos, el

experimento económico liberal solo alcanzó su plena expresión en términos de crecimiento y prosperidad a partir de 1989, cuando Pinochet dejó la Presidencia y Chile se reinsertó en el mundo como una verdadera democracia liberal.

Probablemente Hayek y Friedman tuvieran en mente que el retablo de pensadores liberales está lleno de contradicciones. John Locke, que quizá haya escrito algunas de las páginas más bellas sobre la libertad humana, vio cómo la coyuntura política lo obligaba a postergar la publicación de algunas de sus obras, y aceptó que le retribuyeran con acciones de la Royal African Company, que gestionaba el comercio de esclavos africanos para Inglaterra.

Sin embargo, pese a todas estas consideraciones, creo que la afirmación inicial del primer capítulo de este libro es completamente cierta: «Cualquier sociedad moderna en que la convivencia sea razonable es tributaria del liberalismo político. Esa es su tarjeta de presentación». Porque es cierto que, desde que surgieron, las ideas liberales perfilaron la dignidad humana de una manera como ninguna religión o ideología había hecho hasta el momento, redactaron constituciones para limitar el poder del gobierno, echaron los cimientos del Estado de derecho actual, convirtieron la igualdad de derechos en un dogma jurídico universalmente aceptado, crearon la separación de poderes y generaron una prosperidad y un progreso social nunca visto. El liberalismo ha sido el gran instrumento de la igualdad humana desde la independencia de EEUU (1776) hasta nuestros días, primero de los derechos y después de las condiciones materiales.

Pero el liberalismo también ha tenido y tiene poderosos enemigos. Primero, algunos sistemas religiosos, cuyo orden social fue subvertido profundamente. Con la Iglesia católica y otras confesiones cristianas ha habido una relación compleja y cambiante, con momentos de confrontaciones y enemistades que se alternan con otros de mayor entendimiento y comprensión. Más aun el islam radical, con su intolerancia extremista, rechaza el liberalismo y combate sus valores revistiéndose de un falso pluralismo cultural. Después, las monarquías autoritarias y despóticas, y los conservadores

que las sustentaban se han declarado enemigos del liberalismo. Y más tarde, los partidos totalitarios, tanto los de corte nazi y fascista, como los de raigambre marxista a través de sus partidos y sindicatos. A la lista hay que agregar a dictadores, autócratas y populistas de todo signo. Y, por supuesto, a algunos empresarios y directivos que en realidad se oponen a la libre competencia y se sienten mucho más cómodos en el capitalismo clientelar.

La supuesta falta de sensibilidad social del liberalismo es una cuestión muy antigua. Ya fue disputada en el siglo XIX básicamente por algunos intelectuales socialistas alemanes que la denominaron como «*Das Adam Smith Problem*» (el problema de Adam Smith). Para estos autores, no era coherente sostener la noción de «simpatía» por la suerte de los demás que figura en *La teoría de los sentimientos morales* de 1759 y el egoísta «interés propio» que es el motor del desarrollo económico en *La riqueza de las naciones*.

La cuestión quedó zanjada para la mayoría de los estudiosos con la publicación, en 1976, de las obras completas de Smith que calificó el asunto de «pseudo-polémica». Someramente diremos que ni el concepto de «interés propio» de Smith es sinónimo de «egoísmo», ni la noción de «simpatía» encajaría con nuestra idea moderna. Pero, sobre todo, la beneficencia que pueda surgir de esa «simpatía» es un imperativo moral, no legal. El asunto tiene una importancia relativa porque, como decíamos antes, hay una línea académica que considera que la ciencia económica se inicia realmente con *La riqueza de las naciones*.

Pero ni los adversarios ni los errores hermenéuticos son los únicos responsables del problema que este libro pretende subsanar que es, según declara el autor, el hecho de que se haya generalizado la idea de que «la causa liberal desatiende el intervencionismo en materia social». La cuestión es concreta y se aborda desde una perspectiva filosófica con una abundancia de citas que da cuenta del enorme trabajo de investigación desarrollado por José Luis Saz Casado, quien acude a un amplísimo canon de autores liberales para demostrar su hipótesis.

La selección de esta nómina de pensadores es una de las limitaciones que el libro debe asumir antes de comenzar la tarea, así como su marco temporal. El criterio usado es perfectamente admisible. Estoy de acuerdo en que Stuart Mill y Spencer marcan el cierre del liberalismo clásico y dan paso a los liberalismos del siglo XX. Fijar el inicio en Locke no solo coincide con lo que dicen las encuestas y el consenso académicos, sino que brinda la ocasión de conectar las ideas de la Escuela Española de Economía de los siglos XVI y XVII con el tronco liberal principal porque no cabe duda de que Locke conocía las nociones desarrolladas por Juan de Mariana y otros escolásticos, o al menos se familiarizó con ellas durante sus viajes por Francia y los Países Bajos.

Por otra parte, Saz Casado nos ofrece una clasificación totalmente novedosa de los autores según su posición respecto de la acción social, que se aparta de la división tradicional entre iusnaturalistas y utilitaristas. Esto genera tres bloques de autores, los que asientan la ayuda social en el derecho natural, los que la justifican en la utilidad social y los que directamente la niegan. Como resultado, puede haber iusnaturalistas en los tres grupos porque el criterio de segregación es su motivación a la hora de aceptar la acción social.

El resultado de este exhaustivo repaso de los pensadores clave del liberalismo es que este cuenta con un poderoso elenco que valida la acción social, incluso la de los gobiernos, y no como una cuestión caritativa —noción más bien religiosa—, sino como una genuina muestra de fraternidad humana. El libro viene así a reparar una injusticia enorme que pretende amputarle al liberalismo una dimensión muy importante. No creo, sin embargo, que se pueda llegar a la caricatura de sostener que estos autores aprobaran cualquier tipo de intervención o fueran casi socialdemócratas, como algunos autores como Fleischacker, Milgate o Rothbard han llegado a sostener respecto de Adam Smith de quien han dicho que era casi socialista o un falso liberal. Las ideas de todos estos pensadores incluidos en este libro trabajan genuinamente en el sentido de ampliar la libertad del hombre.

Es difícil que el liberalismo tenga un futuro si, como advertía *The Economist* en 2018, se convierte en un conjunto de ideas que han tomado cuerpo en instituciones inamovibles, que se resisten a cambiar, y que no ofrecen soluciones a las preocupaciones actuales sobre las relaciones humanas y con la Naturaleza, las plataformas tecnológicas, los nuevos monopolios de datos y las necesidades humanas. Es imprescindible que las ideas liberales también iluminen estos ámbitos y ese trabajo no puede recaer únicamente en la economía.

John Müller

Madrid, enero de 2021



## INTRODUCCIÓN

Muchos e incalculables son los estudios sobre el liberalismo, su aportación histórica a la formación de las ideas políticas, sus efectos en las instituciones modernas, su evolución o sus límites intervencionistas. Sin embargo, hay una cuestión que apenas ocupa espacio en la literatura liberal y que debería hacerlo: la opinión sobre la cuestión social del liberalismo clásico. El liberalismo primigenio (siglos XVII a XIX) contiene una respuesta matizada a la cuestión social y esta propuesta ha sido muchas veces mencionada tibiamente, otras no mencionada o parcialmente mencionada. Tanto es así que es cosa común el entendimiento, no cierto, de que la causa liberal desatiende el intervencionismo en materia social. Es otro tópico similar al de que el liberalismo está en contra del intervencionismo público, idea esta que no congenia con su propuesta de Estado limitado, que sería inviable sin intervención, con lo que la no intervención es una idea que únicamente debe quedar reservada para el anarquismo. Quedaría bien traer a colación las opiniones de Keynes, de Lionel Robbins o del propio Adam Smith, que consideran que ese equívoco, producto de divulgaciones poco esmeradas, ha impregnado esa errónea percepción.

Este libro es una modesta contribución al esclarecimiento del tópico señalado. Como toda investigación, ha exigido esfuerzos ímprobos, carentes de recompensa material, aunque resultando una aventura impagable en sus resultados espirituales.

En una época como la actual, en la que se palpan tiempos de cambio, una mirada al pasado es imprescindible, pues no solo aprendemos del pasado, sino que el pasado está incrustado en la esencia del presente. Esa incrustación a veces está oculta, invisible, oportuna o inoportunamente, otras veces aparente y con más brillo del que le corresponde, pero siempre forma parte del bagaje de nuestra esencia. Si en tiempos pasados se dio voz a la razón, al pueblo, a la democracia, al individuo, al constitucionalismo o a la protección de los derechos humanos en sus diversas generaciones, hoy se cuestiona la idoneidad de las estructuras políticas e institucionales resultantes de aquellas ideas magníficas. Se cuestiona el modelo representativo de la misma democracia o la organización fronteriza de los países, pero también se cuestiona la respuesta que debe darse políticamente a la cuestión social. Para unos, la actual atención a la cuestión social es insuficiente; para otros, el Estado no debe ya ampliar más esas demandas, sino reducirlas todo, mucho o algo, según el posicionamiento ideológico. Flota en el ambiente popular y divulgativo que los padres liberales exigían una desatención a la cuestión social. No es así.

Para el encuadre de los padres liberales a que se hace mención en el libro, dos son las cuestiones principales que han exigido un previo posicionamiento, no exento de polémica. En primer lugar, el marco temporal del liberalismo clásico, que ubico desde Locke hasta finales del siglo XIX; y en segundo lugar, la nómina de padres liberales, que constituye seguramente la cuestión de mayor divergencia entre liberales, pues el cierre del liberalismo clásico considero que lo protagonizan John Stuart Mill y Herbert Spencer, cuyo antagonismo revela con anticipación la rivalidad entre liberalismos en el siglo XX. Por otra parte, la clasificación de los autores según su posicionamiento de si procede una intervención institucional social y por qué motivo, no debe llevar a equívocos, puesto que a diferencia de la clasificación general entre iusnaturalistas y utilitaristas, aquí pueden compartir grupo unos y otros, pues lo relevante aquí es su motivación sobre la atención social; por ello podemos encontrar autores iusnaturalistas en los tres

Es llamativo que, dentro de la extensa producción editorial acerca de los autores del liberalismo clásico, apenas se haya abordado la cuestión social, en contraste con la profusión de estudios dedicados a la teoría económica y política. Con *Jaque mate liberal*, José Luis Saz Casado, atendiendo a su experiencia en el campo de la economía y las políticas públicas, ha querido llenar este vacío, cuya consecuencia práctica inmediata es que «flota en el ambiente popular y divulgativo que los padres liberales exigían una desatención a la cuestión social. No es así».

Este ensayo histórico-filosófico aborda cómo y por qué se ha llegado a dar por hecho en nuestros días, incluso desde las propias filas liberales, que la cuestión social había quedado al margen en los planteamientos clásicos del liberalismo. ¿Acaso ignorar un elemento propio de la tradición liberal, como es la cuestión social, no deja abierta la puerta para que otros se apropien de esta bandera?

«El resultado de este exhaustivo repaso de los pensadores clave del liberalismo es que este cuenta con un poderoso elenco que valida la acción social, incluso la de los gobiernos, y no como una cuestión caritativa, sino como una genuina muestra de fraternidad humana.

El libro viene así a reparar una injusticia enorme que pretende amputarle al liberalismo una dimensión muy importante». (Del prólogo de John Müller)

# JAQUE MATE LIBERAL



ISBN: 978-84-1339-058-1



9 788413 390581

colabora:

